

## 5. El valor de nuestras tradiciones

Es hermoso y reconfortante ver cómo Jesús, que es en persona la fuente de la palabra de Dios, la fuente de la Luz de Dios, logra perforar, precisamente como fuente, las tradiciones cerradas y encarceladoras. Así, uno puede leer, por ejemplo, los encuentros y diálogos de Jesús con la mujer samaritana (ver Jn 4,7-26) o con Nicodemo (ver Jn 3,1-21). A lo largo del Evangelio, el anuncio de Jesús no hace sino revelar que la única tradición que ha venido a transmitir y que nos pide que transmitamos es su misión de salvación para el mundo, que tiene su eterna fuente y fin en el Dios que es Amor.

La conversión de Pablo consiste sólo en encarnar con toda su vida, con toda su persona, con todos sus talentos y debilidades, incluso con su muerte, la transmisión al mundo de la misión de salvación del Hijo de Dios.

A lo largo de su vida, Pablo permanecerá extremadamente atento para asegurar que las tradiciones farisaicas o paganas que se oponen a la transmisión de Cristo, o pueden hacerla inútil, no reaparezcan en los cristianos. Por ejemplo, escribe a los Colosenses: "Por tanto, ya que habéis aceptado a Cristo Jesús, el Señor, proceded unidos a él, arraigados y edificados en él, afianzados en la fe que os enseñaron, y rebosando agradecimiento. Cuidado con que nadie os envuelva con teorías y con vanas seducciones de tradición humana, fundadas en los elementos del mundo y no en Cristo" (Col 2,6-8).

Para él y para la Iglesia, sólo hay un criterio para discernir tradiciones, costumbres, ritos, creencias, observancias, todo lo que se puede transmitir: si todo esto permite o impide la transmisión del Cristo vivo enviado por el Padre para salvar al mundo.

La verdadera tradición debe ser siempre una transmisión, pero no de nuestra misión, ni de la misión de tal o cual profeta de moda, sino de la misión de Jesucristo, enviado por el Padre, no "para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él" (Jn 3,17).

No podemos vivir nuestra transmisión monástica, no podemos examinarla, ni sobre todo reavivarla, sino volviendo a la transmisión de la misión de Jesús, una misión en acción, donde Jesús, a través del Espíritu Santo, continúa su venida al mundo como enviado por el Padre para salvarlo.

Este fundamento en la misión salvífica de Cristo de nuestra vocación nos ayuda a comprender el valor profundo y vivo de nuestras tradiciones; de nuestras verdaderas tradiciones, no de aquellas que en última instancia son sólo ornamentos externos. Pues todas nuestras tradiciones más verdaderas, las que no pierden su importancia, o no deberían perderla, tienen sus raíces en la misión salvadora de Jesús. Esto significa que estas tradiciones, no sólo se relacionan con la vida de Cristo, sino que también nos transmiten su salvación y nos dan la oportunidad de transmitirla al mundo.

Pensemos en el ejemplo quizá más fuerte: la obediencia, uno de los valores, virtudes y votos más tradicionales de la vida monástica, que es tan difícil hoy en día transmitir a las nuevas generaciones.

¿Cuál fue la obediencia de Jesús? Para Él, la obediencia consistió en dejarse enviar por el Padre para salvar al mundo. Sin la obediencia de Cristo, no hay salvación del mundo, no hay salvación para nosotros.

Esto significa que nuestra participación en la obediencia de Cristo "hasta la muerte y muerte de cruz" (Flp 2,8), nos da la oportunidad de participar en la misión salvadora del Hijo de Dios que nos salva a nosotros y al mundo entero. La obediencia religiosa y monástica tiene este valor profundo y universal. Es la transmisión de la salvación en Cristo. Si vivimos esta dimensión, cada acto de obediencia que se nos pide, da hasta al más mínimo detalle de la vida cotidiana un valor absoluto, que es un valor de amor, porque no hay amor más grande que acoger y transmitir la salvación del mundo.

San Benito, siguiendo la enseñanza del himno de la carta a los Filipenses 2,6-11, tiene este sentido de la obediencia, y trata de transmitírnoslo. Sabe que la obediencia cristiana coincide con la humildad, que consiste en conformar la humildad en cada momento y circunstancia de la vida. Aquí debemos mirar los capítulos 5 y 7 de la Regla, e incluso todos los capítulos, precisamente a la luz de este deseo de participar en la misión salvífica de Cristo, que es un deseo de transmisión.

Me limito a mencionar el segundo grado de humildad en el que el monje, "al no amar su propia voluntad, no se complace a sí mismo en la satisfacción de sus deseos, sino que imita por los hechos aquella voz del Señor que dice: 'No he venido a hacer mi voluntad, sino la de Aquél que me envió'." (RB 7,31-32; cf. Jn 6,38)

Entendemos que el modelo de la obediencia benedictina no es sólo la obediencia de Jesús, sino *la obediencia dentro de la misión de Jesús*. Lo cambia todo, lo cambiaría todo, si fuéramos conscientes de ello. Esta conciencia nos permitiría vivir la obediencia en una dimensión de transmisión, y de transmisión no de un valor, una virtud, un ejemplo, una disciplina, sino de la salvación universal por y en Cristo Jesús.

He tomado el ejemplo de la obediencia, pero este valor profundo y vivo de nuestras tradiciones y observancias se aplica a todo, a todos los aspectos de nuestra vida y vocación. Esto se aplica a la pobreza, a la vida fraterna, a la oración, al silencio, al trabajo, y a la manera en que somos invitados a vivir en el monasterio todos los aspectos de nuestra humanidad: la enfermedad, por ejemplo, o la responsabilidad, el pecado y el perdón, etc. Se nos pide que vivamos adhiriéndonos a la misión salvadora de Cristo, que coincide con la transmisión de su Persona por el Padre al mundo.

No debemos buscar otro valor de nuestra tradición, de nuestras tradiciones, que no se base explícitamente en la misión del Hijo de Dios Salvador. Porque, sobre todo ante la dificultad de transmitir nuestra vocación a los jóvenes, corremos el riesgo de querer dar a nuestra tradición otros valores, otras justificaciones, otros fundamentos, ciertamente bellos y nobles, pero que podrían hacernos olvidar, como sucede a menudo, que el único sentido de nuestra vocación es el del Hijo de Dios que se dejó enviar al mundo para salvar a todos los hombres, a todos los pecadores, comenzando por nosotros mismos, como diría San Pablo (cf. 1 Tim 1,15).